

La Comédiathèque

El último cartucho

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra
Contactar con el autor :
comediatheque.net**

El último cartucho

Una comedia de Jean-Pierre Martínez

Un dramaturgo al borde del abismo recibe a una periodista para una entrevista que podría relanzar su carrera. Pero, a veces, en el teatro, las apariencias engañan...

PERSONAJES

**Dramaturgo
Periodista**

Estos dos personajes pueden ser interpretados por hombres o mujeres, según la siguiente distribución : 2 hombres, 1 hombre y 1 mujer, 2 mujeres.

Salón en desorden. Un hombre (o una mujer) dormita en un sillón. El sonido del teléfono le sorprende. Descuelga como un sonámbulo.

Dramaturgo (*antipático*) – ¡Sí! (*Sin tomarse el tiempo de escuchar*) Supongo que me llama para decirme que se anula la cita, ¿no es así? (*Algo más espabilado*) ¿Bankia? (*Mucho más suave*) Perdona... Esperaba la llamada de un periodista que me quiere entrevistar y... Sí... Estoy en números rojos... Ya lo sé... No se preocupen. En este momento me estaba preparando para salir. Tengo que ingresar un talón que me acaba de llegar... Un adelanto por mi nueva comedia... ¿Suele usted ir al teatro? Sí... Ya sé que eso no tiene nada que ver con su llamada... ¿Oiga? No le escucho bien... Es la línea que está defectuosa... Debe ser eso... Perdona, pero están llamando a la puerta. Será el periodista que estoy esperando... Sí, debe ser él... Le vuelvo a llamar enseguida... Tendré que colgar porque no le oigo en absoluto...

Cuelga y suspira. Se levanta lentamente. Su aspecto y su ropa dejan mucho que desear. Vuelven a llamar. Duda por un instante. Se mira en un espejo, intenta poner orden en su ropa. Se peina. El timbre suena de nuevo.

Dramaturgo – Sí... Ahora voy...

Se dirige a la puerta y vuelve al momento seguido por una mujer (o un hombre) más joven, con ropa moderna y un aspecto mucho más en forma.

Periodista – Muchas gracias por recibirme, Don Ramón González

Dramaturgo – Dramón González, por favor.

A la periodista le sorprende el desorden.

Periodista – ¿Decía?

Dramaturgo – No Ramón, sino Dramón, Dramón González. Ese es mi nombre. Pensé que se habría documentado bien antes de venir.

Periodista – Lo siento... Supongo que se trata de un seudónimo...

Dramaturgo – Pues no... ¿Por qué lo dice?

Periodista – No sé... Dramón no es nombre para un escritor... En ese caso, si me permite decirlo, parece una predestinación.

Dramaturgo – Si se me ocurre elegir un seudónimo en algún momento, me llamaría Ultratumba. Al menos estoy seguro de que mis Memorias se venderían bien.

Periodista – Tiene razón... (*Lanzando una mirada inquieta a su alrededor*) Espero no haberle despertado...

Dramaturgo – ¿Despertarme? ¡Ni mucho menos! ¿Qué le ha hecho pensar que podría haberme despertado?

Periodista – Pues... No sé...

Dramaturgo – Además, ¿Qué hora es?

Periodista – Lo siento, pero no llevo reloj...

Dramaturgo – Por eso ha llegado tarde.

Periodista – ¿Tarde? Pero... Pero si usted no tiene ni idea de la hora que es...

Dramaturgo – Se nota que es usted periodista. Tiene respuesta para todo. Bueno... Vamos a lo nuestro... ¿Me hace la entrevista o qué? Rapidito, que tengo mucho trabajo...

Periodista (*entre dientes*) – Si usted lo dice...

Dramaturgo – ¿Perdón?

Periodista – Que sí, que tiene razón... Estoy aquí para eso.

Dramaturgo – En primer lugar he de decirle que ha tenido usted suerte. Nunca concedo entrevistas.

Periodista – ¿Se lo proponen con frecuencia?

Dramaturgo – Menos últimamente, es cierto... Pero... En otra época tuve que rechazar muchas entrevistas.

Periodista – De acuerdo...

Dramaturgo – Es usted de esas que piensan que la virtud de las mujeres es inversamente proporcional a su sexapil ¿No es eso?

Periodista – Ni mucho menos... Bueno, quizá sí, pero... No es lo que he querido insinuar...

Dramaturgo – Entonces ¿Qué es lo que ha querido insinuar?

Periodista – Nada en absoluto...

Dramaturgo – Usted ha dicho: “No es lo que he querido insinuar”. Luego, ha querido insinuar algo.

Periodista – Me habré explicado mal, eso es todo.

Dramaturgo – Una periodista que no sabe explicarse... Pues hemos empezado bien...

Periodista – Perdone.

Dramaturgo – Entonces ¿por qué me preguntó eso?

Periodista – ¿Qué es lo que le pregunté?

Dramaturgo – Me preguntó si seguían haciéndome entrevistas.

Periodista – Es posible... Pero soy yo la que debe hacerle las preguntas... Así son las entrevistas ¿O no?

Dramaturgo – Preguntas lógicas, sí... Pero no tonterías.

Periodista – Se refiere, sin duda, a las preguntas que hacen algunos periodistas.

Dramaturgo – No me gustan los periodistas

Periodista – En general, los famosos los detestan.

Dramaturgo – Así es y tiene su lógica.

Periodista – Sin embargo los desconocidos salen del anonimato gracias a la prensa.

Dramaturgo – Eso es lo que usted piensa

Periodista – Lo que piensan los periodistas.

Dramaturgo – También los famosos hacen que se vendan las revistas.

Periodista – Por supuesto que sí. La prensa debe hablar también de los famosos para que no se olviden.

Dramaturgo – ¿Ha venido aquí para hablar del mundo del espectáculo o para preguntarme sobre mi trabajo?

Periodista – No se preocupe... Vamos a ello (*Echando un vistazo a la habitación*)
¿Puedo sentarme?

Dramaturgo – Por supuesto...

Periodista – Gracias...

Se sienta. Silencio molesto.

Dramaturgo – Perdone. Creo que ambos hemos empezado con mal pie.

Periodista – Por mí no hay problema, se lo aseguro...

Dramaturgo – He perdido la costumbre de ver gente. Me parece que me he convertido en un oso solitario.

Periodista – No tiene que excusarse conmigo, se lo aseguro. Al fin y al cabo he sido yo la que ha irrumpido en su casa

Dramaturgo – ¿Desea algo?

Periodista – Pues sí... Me gustaría preguntarle algunas cosas.

Dramaturgo – Me refería a si deseaba tomar algo.

Periodista – Perdón... Pues sí... No le pondría peros a un café.

Dramaturgo – No me queda café. Mejor dicho, sí que tengo café pero no tengo cafetera. Se estropeó hace... Bueno, hace bastante tiempo. Ahora hago café de puchero hirviendo el agua en un cacharro y colándolo después con un clínex. Y, cuando se me acaban los clínex, paso de tomar café.

Periodista – No se preocupe. No tiene importancia.

Dramaturgo – Puedo hacerle una tisana. ¿Le gusta la manzanilla? Claro que... no me queda ni una pizca de azúcar...

Periodista – Es muy tentadora su oferta, pero paso...

Dramaturgo – Pues bien... En ese caso, la escucho...

Periodista – De acuerdo... Mi primera pregunta será si escribe a mano o utiliza ordenador.

El hombre se queda un tanto confuso

Dramaturgo – Perdone, pero... No la he entendido bien. ¿Para qué periódico trabaja usted?

Periodista – La verdad es que no se trata precisamente de un periódico... Quiero decir que no es un periódico de papel, como por ejemplo El País.

Dramaturgo – ¿El País?

Periodista – Se trata más bien de un diario digital, como ahora se llaman.

Dramaturgo – Es decir, por internet...

Periodista – Más bien... La web de la revista *Vivir el teatro*.

Dramaturgo – ¿*Vivir el teatro*?

Periodista – Así se llama... ¿No le gusta el nombre?

Dramaturgo – Sí, sí... Parece más bien una revista para mayores, pero si no hay otra cosa... De cualquier forma tan sólo los viejos van al teatro.

Periodista – Estoy de acuerdo con usted...

Dramaturgo – Vivir el teatro... Por desgracia son pocos los autores que pueden vivir del teatro...

Periodista – La finalidad de nuestra revista es, precisamente, poner en valor a los autores contemporáneos. Esta entrevista hará que los lectores le conozcan mejor. Al menos, como dramaturgo...

Dramaturgo – Ya veo. Entonces su primera pregunta se refiere a si escribo a mano en con ordenador...

Periodista – Eso es.

Dramaturgo – Pues le daré una respuesta que, sin duda alguna, va a dejar perplejos a sus lectores.

Periodista – ¿Y?

Dramaturgo – Pues que, dada mi edad avanzada, siempre he escrito con pluma. Acababa de inventarse la imprenta, así es que el ordenador... ni le cuento.

Periodista – Comprendo.

Dramaturgo – Recuerdo mi primera pluma, una Mont Blanc de tinta que me regaló mi madrina por mi Primera Comunión. La plumilla estaba chapada en oro. Nunca me separaba de ella.

Periodista – De acuerdo. Un objeto transicional en cierto modo.

Dramaturgo – Pues sí... Un sustitutivo de la madre, si lo prefiere. Escribir es una especie de psicoanálisis.

Periodista – ¿De verdad?

Dramaturgo – Tan poco eficaz como el psicoanálisis pero en lugar de gastar dinero siempre se tiene la esperanza de ganarlo.

Periodista – Ya veo...

Dramaturgo – Comprendo que, al verme en este estado, piense que mi análisis no ha funcionado bien...

Periodista – No... Ni mucho menos.

Dramaturgo – ¿Le parece que tengo un aspecto mustio?

Periodista – Mustio no es precisamente el calificativo que se le podría aplicar a primera vista... Pero, sigamos...

Dramaturgo – Después, mi estilográfica se estropeó.

Periodista – Como la cafetera.

Dramaturgo – Así es... Pero, con los derechos de autor que recibí por mi primera obra, me compré una máquina de escribir, una como esas que se ven en las viejas películas en blanco y negro... ¿Ha visto usted “Sunset Boulevard”?

Periodista – Si... Bueno... Es posible... Hace tiempo de eso...

Dramaturgo – Yo no tuve la suerte de encontrar una famosa actriz que me mantuviera a cambio de escribirle un buen texto.

Periodista – En cualquier caso es interesante... ¿Todavía conserva la máquina de escribir?

Dramaturgo – También se rompió.

Periodista – Pues, vaya...

Dramaturgo – Fue entonces cuando decidí comprar una de las primeras máquinas de escribir eléctricas... En su momento algo revolucionario. Estas máquinas tenían una pequeña pantalla, igual que el ordenador, pero tan sólo de dos o tres líneas y se podían hacer algunas correcciones antes de darle a la tecla definitiva. Con ello se ahorraban tinta y papel. La utilicé durante años, pero después...

Periodista – Se rompió y entonces fue cuando decidió comprar un Mac.

Dramaturgo – No, después fui yo el que se rompió y no tuve más remedio que pagar a un negro.

Periodista – ¿Un negro...? No sé a qué se refiere con lo del negro...

Dramaturgo – Él sí tenía ordenador. Al principio era yo el que le dictaba, pero poco tiempo después, se puso a escribir por su cuenta.

Periodista – ¿El ordenador?

Dramaturgo – ¡El ordenador no... El negro!

Periodista – No me diga...

Dramaturgo – Sabía mucho.

Periodista – Ya veo.

Dramaturgo – No sé si ha oído alguna vez la frase: el estilo, es el hombre.

Periodista – Más o menos...

Dramaturgo – Pues bien el negro en cuestión, tenía mi mismo estilo.

Periodista – ¡Qué suerte!

Dramaturgo – Era sueco.

Periodista – ¿Quién?

Dramaturgo – ¡Mi negro! ¿Quién va a ser?

Periodista – Usted perdone...

Dramaturgo – Cuando contesto a sus preguntas tengo la impresión de que no le interesa en absoluto lo que le digo.

Periodista – ¡Claro que me interesa! Me interesa mucho... ¿Sigue teniendo al negro?

Dramaturgo – Pues no... Y esa es la razón por la que no he escrito nada desde hace años...

Periodista – ¿Se volvió a Suecia?

Dramaturgo – No... Simplemente, se murió.

Periodista – ¡Coño...! Usted perdone... Debió ser triste.

Dramaturgo – Sí... Estábamos muy unidos. Pero... Las cosas son así... Lo cierto es que empezó a creerse un auténtico autor. Tuve que deshacerme de él.

Periodista – ¿Deshacerse?

Dramaturgo – Un poco de arsénico todos los días en su infusión de manzanilla. Murió como Madame Bovary.

Periodista – Pues si...

Dramaturgo – Flaubert decía: Madame Bovary soy yo mismo. Y, tenía razón. Un poco de mí murió con Antonio.

Periodista – ¿Antonio?

Dramaturgo – ¡Así se llamaba mi negro sueco! Nunca pude volver a encontrar mi estilo tras su muerte.

Periodista – Y fue entonces cuando dejó de escribir.

Dramaturgo – Me quedé bloqueado en mi obra número 124.

Periodista – ¡Cuánto lo siento!

Dramaturgo – Es cierto que fue difícil. Pensando que así recuperaría la inspiración de los primeros tiempos, con los pocos euros que me quedaban compré otra estilográfica Mont Blanc.

Periodista – Pero no fue suficiente...

Dramaturgo – Estaba al borde del suicidio... Además no me quedaba ni un céntimo para comprar los cartuchos.

Periodista – Para su escopeta...

Dramaturgo – ¡No, para la escopeta no...! Para la estilográfica...

Periodista – Lo siento

Dramaturgo – Conservaba una jeringuilla de mi época de heroinómano y con ella me sacaba sangre todas las mañanas para rellenar la estilográfica. Me habían encargado una comedia. Pero... la tinta roja tan sólo podía inspirar ideas negras (*Ante la estupefacción de la periodista*) ¿No toma nota de lo que le voy contando?

Periodista – Sí... Claro... Aquí tengo mi registradora... (*Saca un magnetófono pequeño*) Pero... La verdad es que no estoy segura de que deba grabar lo que me cuenta...

Dramaturgo – ¿Acaso ha creído todas las tonterías que acabo de contarla?

La periodista se da cuenta de que le ha estado tomando el pelo.

Periodista – Una broma... Claro... Muy ingenioso... Un negro sueco.... No conocía su faceta de autor cómico.

Dramaturgo – Seguramente por eso me han enviado una actriz cómica para hacerme la entrevista... ¿Sigue sin apetecerle una infusión de manzanilla?

Periodista – ¿Con o sin arsénico?

Risa forzada de la periodista.

Dramaturgo (*muy serio*) – ¿Quiere preguntarme algo más?

Periodista – Pues... Si... Me gustó mucho su primer trabajo. ¿Ha escrito más obras?

Dramaturgo – ¿Decía?

Periodista – Me refiero a obras salidas de su pluma, no de la del negro sueco. (*Se ríe de su broma*) Estoy bromeando, claro...

El dramaturgo permanece serio.

Dramaturgo – He escrito un total de 123 piezas teatrales.

Periodista – ¡123! No está mal... ¿Y de qué tratan?

Dramaturgo (*escandalizado*) – ¿Que de qué tratan? ¿Ha venido a que le hable de mi teatro sin haber leído nada?

Periodista – No he leído las 123, pero...

Dramaturgo – ¿Cuántas ha leído exactamente?

Periodista – Quizá... Una... Precisamente la primera... Vamos, si acaso... las primeras páginas. Me pidieron que viniera a entrevistarle así, de repente... Estoy sustituyendo a un colega de Vivir el Teatro que se suicidó ayer.

Dramaturgo – ¿Cuántas páginas?

Periodista – Para ser sincera le diré que no he podido pasar de la página 5.

Dramaturgo – ¡Pero si el texto empieza en la página 6...!

Periodista – El título me gustó mucho...

Dramaturgo – ¿No me diga? (*Irónico*) Pues a ver... Dígame como se llamaba mi primera obra... En este momento tengo un lapsus...

Periodista – Yo tampoco me acuerdo, pero sí que sé que me gustó muchísimo.

Dramaturgo – ¿Me puede enseñar su carnet de prensa?

Periodista – Bueno... Sí... (*Hace como si rebuscara en sus bolsillos*) Es decir que... Me pregunto si...

Dramaturgo – Usted no es periodista...

Duda un instante antes de contestar.

Periodista – Pues no...

Dramaturgo – Ya veo. O sea que ha venido a robarme ¿no es así? Es lo habitual. El ladrón se hace pasar, por ejemplo, por empleado del gas y aprovecha un despiste del dueño de la casa para robar los ahorros escondidos bajo el colchón.

Periodista – Le aseguro que...

Dramaturgo – Claro... No puede ser... No habría elegido el hacerse pasar por una periodista literaria.

Periodista – En efecto, yo...

Dramaturgo – Hubiera sido más convincente como repartidora de pizzas.

Periodista – Tiene razón...

Dramaturgo – Pues si ha venido a mi casa en busca de dinero... Si quiere podemos buscar juntos.

Periodista – Soy actriz.

Dramaturgo – Pues si ha venido aquí en busca de un papel es que es usted todavía más tonta de lo que pensaba. Y puede creerme que había puesto el listón muy alto.

Periodista – Es la primera vez que interpreto el papel de periodista y no he tenido mucho tiempo para prepararlo.

Dramaturgo – Tampoco hay que dejar al lado la posibilidad de que sea usted una actriz mediocre. Ahora dígame, ¿Quién es el director de esa comedia tan mala?

Periodista – Su agente...

Dramaturgo – ¿Mi agente? No soy consciente de tener ningún agente...

Periodista – Pensó que una entrevista sería el medio idóneo para que recuperara su ego y se pusiera a escribir.

Dramaturgo – Ese tipo es más tonto de lo que pensaba...

Periodista – Su agente lleva casi un año esperando un nuevo manuscrito.

Dramaturgo – Qué quiere que le diga... He perdido la inspiración, como se suele decir. Para un autor, la falta de inspiración es como para un actor quedarse en blanco... Nunca se sabe cuándo va a llegar y mucho menos cuándo se va a recuperar.

Periodista – Un año... Demasiado tiempo para quedarse en blanco.

Dramaturgo – Usted, que no ha leído ni la primera de mis 123 comedias, no es la más indicada para pedirme que escriba la 124.

Periodista – Personalmente, a mí me da lo mismo. Pero su agente sigue interesado, tanto como para haberme pagado cien euros para que interpretara esta inocente y breve comedia.

Dramaturgo – ¿Cien euros? No pensé que mi agente me valorara tanto.

Pequeño silencio.

Periodista – Entonces, ¿Qué hacemos?

Dramaturgo – ¿Qué quiere decir con “qué hacemos”?

Periodista – No soy periodista. Ahora que lo sabe, no creo que tengamos que seguir con la entrevista.

Dramaturgo – ¿Y por qué no? ¿Quizá otras preguntas apasionantes sobre mi obra teatral? Saber dónde guardo los calcetines y los calzoncillos... Si me gusta más el mar o la montaña... Los croissants o los churros...

Periodista – Entiendo que no está dispuesto a colaborar. No sé qué voy a decirle.

Dramaturgo – ¿A quién?

Periodista – A Jorge, su agente.

Dramaturgo – ¿Ese es su problema? Pues... Invéntese algo.

Periodista – Lo cierto es que me tenía que dar otros cien euros por la entrevista.

Dramaturgo – Ya veo... La mitad al pedido y la otra mitad a la entrega de la mercancía. Se ve que ha depositado en usted una confianza sin límites

Periodista – Tendría que haberle entregado la cinta grabada.

Dramaturgo – ¿No me diga que pretende hacerme ahora la entrevista?

Periodista – Podríamos ir a pachas

Dramaturgo – ¿A pachas... Con qué?

Periodista – Cien euros para cada uno.

Dramaturgo – Usted no está bien de la cabeza.

Periodista – Mire, tengo hambre, eso es todo. Y, según lo que me ha contado su agente, usted tampoco está muy boyante. Ya no escribe y nadie interpreta sus obras.

Dramaturgo – Gracias por haber tenido la delicadeza de recordármelo.

La periodista observa despreciativamente el entorno

Periodista – Con ese dinero podría, por lo menos, darle una pintadita a la casa.

Dramaturgo – ¿Con cien euros? Si conoce algún pintor que trabaje por ese precio y en negro, le agradecería que me diera su teléfono.

Periodista – Pues con cien euros podría, al menos, comprar la pintura y un rodillo.

Dramaturgo – ¿Lo haría usted misma?

Periodista – ¿Por qué no? Desde luego, cobrando...

Dramaturgo – Mire señorita, yo estoy al límite y usted pretende tomarme el pelo. Para escribir una comedia realmente no es necesario sentirse optimista, pero existen límites. Hay que seguir creyendo que burlarse de los tontos puede servir para que algunos mejoren.

Periodista – Me parece que se mira usted demasiado el ombligo.

Dramaturgo – ¿Eso cree?

Periodista – Pues sí... Escribir teatro no es algo terrible... Hay oficios mucho peores ¿O no es así?

Dramaturgo – Sí... Seguramente...

Periodista – ¿Seguramente? ¿Acaso no sabe que hay gente que se ve obligada a levantarse cada mañana, pasar una hora en el metro para trabajar como cajeros en el Corte Inglés? Y todo eso por el sueldo mínimo interestatal.

Dramaturgo – ¿Es esa la razón por la que eligió trabajar como actriz a domicilio?

Periodista – Acepto lo que me ofrecen... Y mi agente todavía no me ha ofrecido ningún papel de importancia.

Dramaturgo – Debe ser tan inútil como el mío.

Periodista – Es el mismo...

Dramaturgo – De acuerdo... *(Silencio)* Quizá tenga razón, finalmente y visto el mundo que nos rodea, usted saldrá adelante con su trabajo chusquero mejor que yo con mis comedias.

Periodista – Gracias...

Dramaturgo – Pienso, luego existo. ¡Qué cretino el tal Descartes! Resulta evidente que para subsistir en este mundo de mierda, lo primero que hay que hacer es dejar de pensar.

Periodista – Tiene razón...

Dramaturgo – Pero claro... Dejar de pensar es como dejar de fumar. Resulta mucho más fácil cuando nunca se ha hecho.

Periodista – Si lo dice por mí... Yo nunca he fumado.

Dramaturgo – Sin ir más lejos, estoy pensando en que tengo que proponerle un trabajo.

Periodista – Estupendo... siempre y cuando esté dentro de mis competencias.

Dramaturgo – Visto así, quizá exceda un tanto sus posibilidades.

Periodista – ¿Entonces?

Dramaturgo – ¿Le gustaría ser mi negro?

Periodista – ¿Perdone?

Dramaturgo – Por una razón que desconozco, mi agente está empeñado en que escriba una comedia. Usted podría escribirla por mí.

Periodista – Pero... ¡Si yo no soy dramaturga!

Dramaturgo – Tampoco es usted una auténtica actriz.

Periodista – Bueno... Eso habría que verlo... ¿Y cuánto se gana como negro?

Dramaturgo – Depende de la importancia del autor que firmará en lugar de usted.

Periodista – Y, por lo que veo, no es como para tirar cohetes... Usted tampoco era tan conocido... Y, según su agente, ya nadie se acuerda de usted.

Dramaturgo – Y pensar que la ha contratado para remontarme la moral.

Periodista – Intento ser realista, eso es todo.

Dramaturgo – Bueno, ¿Le interesa o no le interesa?

Llaman a la puerta

Periodista – Si espera a alguien, yo me esfumo.

Dramaturgo – No espero a nadie.

Va a abrir. La periodista guarda la grabadora y se pone el impermeable con la intención de marcharse. Él vuelve con un sobre abierto y un papel en la mano.

Dramaturgo – Era el cartero...

Periodista – Yo ya me iba...

Dramaturgo (*autoritariamente*) – ¡Siéntese!

Se sienta, sorprendida por la actitud del hombre, mientras éste examina, perplejo, el papel que tiene en la mano

Periodista – ¿Es la factura del gas?

Dramaturgo – ¿El gas...? Me lo cortaron hace tiempo, de lo contrario podría no estar aquí hablando con usted.

Periodista – ¿Entonces?

Dramaturgo – Se trata de mi agente. Me manda un contrato de exclusividad para mi próximo trabajo.

Periodista – ¿Un contrato?

Dramaturgo – Me pide que lo firme y se lo haga llegar inmediatamente. Cada vez entiendo menos lo que está pasando. (*Saca un cheque del sobre*) Incluso me manda un adelanto...

Periodista – ¿De cuanto?

Dramaturgo – De 500.

Periodista – ¡500 euros! No puede tratarse de una broma.

Dramaturgo – La verdad es que no sé qué pensar... Desde que usted ha llegado ocurren cosas raras. No sé si me está tomando el pelo

Periodista – De cualquier forma, ahora que tiene el dinero, ya no puede dudar. No va a tener más remedio que escribir la comedia.

Dramaturgo – Podría devolver el cheque. Todavía no he firmado el contrato. Imagino que esta especie de entrevista estaba destinada a convencerme.

Periodista – Entonces ¿va a firmar?

Dramaturgo – No me gusta que me presionen cuando escribo... Pero este montón de facturas impagadas me obliga a reflexionar un poco. Si quiero suicidarme sin dolor, será mejor que pague la factura del gas.

Periodista – ¿Y mis 200 euros?

Dramaturgo – ¿No habíamos quedado en que los repartiríamos?

Periodista – Me parecería algo mezquino ahora que es usted un autor al que le hacen encargos.

Dramaturgo – No tan deprisa. Todavía tengo que encontrar un tema que me inspire.

Periodista – Le aseguro que, por 500 euros, yo sería capaz de escribir cualquier cosa.

El hombre se queda mirándola.

Dramaturgo – ¿Y por 250?

Periodista – ¿250?

Dramaturgo – ¡La mitad de 500! Por lo que veo usted no ha rechazado mi propuesta.

Periodista – ¿Qué propuesta?

Dramaturgo – La de ser mi negro.

Periodista – No... Ni hablar... No hablaba en serio. Dije que sería capaz de escribir cualquier cosa, pero nada que tuviera que ver con el teatro. Y, mucho menos con una obra maestra.

Dramaturgo – ¿Cualquier cosa? Eso es justamente lo que esperaba de usted.

Periodista – No le entiendo.

Dramaturgo – Yo, modestamente, le diré que lo único que sé escribir son obras maestras. No sé escribir sobre cualquier cosa. Eso es lo que me bloquea ¿Comprende? (*Silencio*) Cuando la miro veo en usted un ser básico y tengo la impresión de...

Periodista – Es decir que...

Dramaturgo – Mi agente me manda un adelanto para que escriba una comedia, pero resulta que he perdido la inspiración necesaria para escribir. ¿Me sigue?

Periodista – Creo que sí...

Dramaturgo – Podría escribir cualquier cosa para conservar el cheque, como lo haría alguno de mis compadres, pero yo no sé escribir sobre cualquier cosa.

Periodista – Y eso... ¿por qué?

Dramaturgo – Imagino que se trata de un antiguo resto de culpabilidad judeo-cristiana... Además, el muy cretino de mi agente sabe que yo no soy capaz de escribir cualquier cosa.

Periodista – ¿Y entonces...?

Dramaturgo – Entonces es a usted a quién corresponde escribir cualquier cosa.

Periodista – ¿Está seguro?

Dramaturgo – Tengo plena confianza en usted.

Periodista – Pero por qué no contrata a un negro auténtico, que sepa escribir.

Dramaturgo – Estaría bien si se pudiera encontrar uno por 250 euros. Entonces ya lo hubiera hecho.

Periodista – De acuerdo...

Dramaturgo – ¿Eso significa que está usted de acuerdo?

Periodista – No... De acuerdo significa que le comprendo...

Dramaturgo – ¿Y entonces?

Periodista – ¿Pero realmente está usted seguro de que podría escribir cualquier cosa?

Dramaturgo – De lo que estoy seguro es de que usted tan sólo podría escribir cualquier cosa.

Periodista – Pero su agente... es decir, nuestro agente, se va a dar cuenta de que usted ha escrito cualquier cosa.

Dramaturgo – ¿Mi agente? Pero si es él quien ha montado esta ridícula comedia para obligarme a escribir sobre algo que no me gusta escribir. No va a recibir más que la calderilla.

Periodista – Mejor diría yo que él tendrá su comedia y usted la pasta.

Dramaturgo – Se da cuenta de que cuando quiere hasta puede ser ingeniosa. ¿Entonces?

Periodista – Bueno... Después de todo no arriesgo nada...

Dramaturgo – Hacer el ridículo

Periodista – Pero el ridículo no mata.

Dramaturgo – Si el ridículo matara, créame, usted habría desaparecido de este mundo hace mucho tiempo.

Periodista – Okey... ¿Cuándo empiezo? Espere un momento... (*Ojea su agenda*) Esta semana no va a ser posible... Quizá pueda liberarme a partir del lunes próximo.

El hombre le arranca la agenda de las manos para comprobar lo que dice

Dramaturgo – Hay tantas páginas en blanco en su agenda que podría utilizarla para escribir la comedia. Perdón... No me había dado cuenta que tiene una cita con su oftalmólogo dentro de tres meses.

Periodista – Ya sabe lo que tardan los especialistas en dar una cita. (*El hombre la mira con impaciencia*) Vale... Entonces, ¿cuándo empiezo?

Dramaturgo – Pues... Ahora mismo, aprovechando que está aquí.

Suena el teléfono. No hace caso.

Periodista – ¿No va a contestar?

Dramaturgo – Supongo que es mi banco para recordarme que estoy en números rojos.

Periodista – Seguramente... Creo que debemos tener el mismo banco.

Dramaturgo – El mío es Bankia

Periodista – No pueden dejar en paz a los pobres.

Se escucha el mensaje dejado en el contestador

Voz – Buenos días, soy Juan María de Blancafort, presidente de la Fundación Reina de los Montes. Tengo el placer de comunicarle que nuestra Fundación ha decidido concederle el Gran Premio de la Reina de los Montes por el conjunto de su obra. Le ruego que nos llame lo antes posible para ultimar los detalles de la ceremonia.

Periodista – Podría tratarse de otro montaje de su agente.

Dramaturgo – Es una hipótesis posible, desde luego.

Periodista – ¿Qué otra cosa podría ser?

Dramaturgo – ¿Entonces usted no cree ni por un segundo que yo podría recibir una recompensa por el conjunto de mi obra?

Periodista – La verdad es que no se... Como no he leído nada suyo...

Dramaturgo – En todo caso es una pena que no sea usted realmente periodista. Sería la primera en entrevistar al nuevo Laureado de la Fundación Reina de los Montes.

Periodista – Lo siento, pero nunca he oído hablar de esa Fundación.

Dramaturgo – ¿Nunca ha oído hablar de ella? Pues el Premio de la Reina de los Montes es para los dramaturgos como el Pulitzer para los periodistas.

Periodista – Tampoco he oído hablar de eso.

Dramaturgo – Claro... como no es periodista... Le pondré otro ejemplo... Es como el de Princesa de Asturias...

Periodista – ¿Algo así como el Nobel de literatura?

Dramaturgo – Bueno... Tampoco hay que exagerar... Con una buena promoción en una librería famosa, se podría dar un impulso a la venta de mi nueva comedia.

Periodista – ¿Incluso si la comedia es mala?

Dramaturgo – Aunque su cultura deje mucho que desear no se le habrá pasado por alto que los mayores éxitos en las librerías rara vez son obras maestras. Incluso en pocas ocasiones han sido escritos por el propio autor. Muchos de ellos ni siquiera los han leído.

Periodista – O sea que, en general, los que firman este tipo de best-sellers son unos bestias, mientras que los que escriben son los auténticos autores.

Dramaturgo – Más bien al contrario.

Periodista – Pues eso no dice nada bueno de su agente.

Dramaturgo – Me parece que usted no ha entendido nada. Ese chorizo ha sabido antes que yo lo del premio. Por eso me manda un contrato para que lo firme a toda velocidad y tener así en exclusiva los derechos de mi próxima comedia. Y eso con un desembolso mínimo de 500 euros, cuando sabe que, con la publicidad que tendrá lo del premio, me voy a convertir en un autor de éxito. ¿Le parece honesto?

Periodista – Confieso en que no soy especialista en materia de honestidad.

Dramaturgo – Eso sin hablar del ridículo montaje de la entrevista para convencerme de que me pusiera a escribir.

Periodista – Es cierto que visto de esa forma...

Dramaturgo – ¿Entonces va a escribir esa comedia, sí o no?

Periodista (*tras reflexionar por unos instantes*) – Okey... Pero también quiero los 200 euros de la entrevista...

Dramaturgo – Habíamos quedado en compartir.

Periodista – Sí, pero ahora es usted un escritor de éxito.

Dramaturgo – De acuerdo. Pues, ¡manos a la obra!

Periodista – Ahora sí que le acepto una manzanilla.

Dramaturgo – Francamente, no se lo aconsejo... La tengo guardada junto al arsénico... Pero le puedo aconsejar algo que ayuda a muchos autores. (*Saca una botella de whisky*) He aquí una poción mágica para inspirarse. Yo lo he venido utilizando desde niño y ya no me hace efecto...

Periodista – De acuerdo... *(Se sirve un vaso que apura hasta el fin, hace una mueca, y mira la etiqueta)* ¿Whisky sueco? No estará intentando envenenarme a mí también...

Dramaturgo – No antes de que haya acabado mi comedia *(Le entrega una pluma estilográfica)* Le confío solemnemente mi estilográfica Mont Blanc. Que la fuerza la acompañe. Hay papel en la mesa. Siéntese y escriba.

Periodista *(sentándose)* – Aunque escriba sobre cualquier cosa no estoy segura de poder terminar un libro...

Dramaturgo – Se trata de una obra de teatro. Con unas cincuenta páginas, puede ser suficiente.

Periodista – ¿Cincuenta páginas?

Dramaturgo – Piense que se está examinando de bachillerato y que tiene que escribir una redacción algo más larga de lo habitual.

Periodista *(avergonzada)* – ¿El bachillerato?

Dramaturgo – ¿No ha hecho el bachillerato? Debería haberlo sospechado...

Periodista – Pude haberme examinado, pero perdí el tren.

Dramaturgo – Entonces piense en una carta muy larga.

Periodista – Siempre mando WhatsApps.

Dramaturgo – Se trata de diálogos. Punto y aparte después de cada frase y se salta una línea cada vez. La mitad de una obra de teatro es lo que hay entre líneas... Es decir, el blanco del papel.

Dramaturgo – Si le parece escribiremos la comedia a cuatro manos. Usted escribe las líneas y yo el interlineado.

Periodista – Y, claro, luego lo firmará Ramón González

Dramaturgo – Dramón, señorita, Dramón González... Pues sí, lo firmaré yo, como es lógico. ¿Acaso piensa que Miguel Ángel pintó todos los cuadros firmados por él? Pues se equivoca. Lo único que hacía era dar el último toque.

Periodista – De cualquier forma, yo no soy escritora.

Dramaturgo – ¡Todos podemos ser escritores! Sobre todo, dramaturgos. La prueba es que no existen escuelas para ello. Es uno de esos raros oficios, junto con el de repartidor de pizzas y el de psicoanalista, que se puede ejercer sin título alguno. Incluso tengo mis dudas si para repartir pizzas piden algo... Al menos hay que saber conducir una scooter.

Periodista – A pesar de todo es un trabajo de responsabilidad

Dramaturgo – Con un único cartucho de tinta tendrá suficiente para escribir la comedia. Si se tratara de una novela le harían falta 5 o 6.

Periodista – Está bien...

Dramaturgo – Es un oficio de vagos, se lo aseguro. Es muy sencillo. Tan sólo nos superan los poetas. Escriben cinco líneas con tres palabras en cada línea dejando todo el resto de la página en blanco. Y, la gente dice que son genios.

Periodista – Me pregunto si no hubiera sido mejor ser el negro de un poeta.

Dramaturgo – De eso nada... Ni lo sueñe. No existe un poeta capaz de poder pagarse un negro, incluso a plazos.

Periodista – De acuerdo... Pero, no sé por dónde empezar...

Dramaturgo – Sin duda el comienzo siempre es lo más duro. Sobre todo para una comedia de humor.

Periodista – O sea que se trata de hacer reír...

Dramaturgo – Tiene que ser una comedia popular, especial para la Fundación Reina de los Montes.

Periodista – Es curioso... Pero yo no le veo como autor cómico.

Dramaturgo – De eso hace mucho tiempo. Por eso ahora necesito un negro.

Periodista – Pues yo no sé si seré capaz de tener gracia escribiendo.

Dramaturgo – No la estoy pidiendo que sea ingeniosa. Tan sólo que ejerza su natural comicidad...

Periodista – Eso no me ayuda en absoluto

Dramaturgo – Veamos... Quizá hay en su vida alguien al quien le gustaría matar.

Periodista – ¿Matar?

Dramaturgo – Para eso sirve la comedia. Pongamos un ejemplo. La ley le impide desembarazarse de su suegra, por lo tanto usted va y escribe una comedia donde se le ofrece su cabeza en bandeja.

Periodista – No estoy casada. ¿Usted tiene suegra?

Dramaturgo – Ya no. Mi mujer me abandonó. Estoy tan desesperado que incluso echo de menos a mi suegra. ¿Cómo quiere que escriba una buena comedia en estas condiciones?

Periodista – No tengo ni idea... Déjeme pensar... Ah... Sí... Yo detestaba a mi hermana.

Dramaturgo – Bien...

Periodista – Por desgracia murió... Por lo tanto no creo que sirva...

Dramaturgo – Depende. También hay muertos divertidos. ¿Me puede decir cómo murió?

Periodista – De un cáncer.

Dramaturgo – Ya... En ese caso... No nos sirve. Es muy difícil hacer reír con el cáncer. Sobre todo cuando se trata de un familiar.

Periodista – Tiene razón... ¡Qué mala pata!

Dramaturgo – Hay asuntos, como ese, que, sin saber por qué, son totalmente negados para la comedia. Quizá sea porque son enfermedades largas. En el teatro, los muertos más divertidos son los que mueren de repente. Un hombre cuenta que a su mujer acaba de pasarle un tren por encima cuando volvía del peluquero. Eso puede tener cierta gracia. Sin embargo no se te ocurra hablar de un muerto por cáncer de vesícula tras tres años de quimio porque no le haría gracia a nadie. ¡Vaya usted a saber por qué! Pero, es así.

Periodista – ¿Y?

Dramaturgo – Ahora debe intentarlo...

Llaman a la puerta

Periodista – ¿Espera a alguien?

Dramaturgo – Debe ser un mensajero. Viene a por el contrato firmado. ¿Me deja la pluma, por favor?

Cogiendo el contrato

Periodista (*inquieta*) – ¿Está usted seguro?

Dramaturgo – No sé por qué pero creo en usted... (*Firma el contrato y le devuelve la pluma*) Si tiene una idea antes de que se marche el mensajero, no dude en decírmelo.

Sale. Suena el móvil de la periodista. Contesta.

Periodista – Sí... No, todavía estoy con él... Sí, sí, no se preocupe, acaba de firmar el contrato... Ahora tengo que colgar... Luego le llamo...

Se guarda el teléfono. Vuelve el hombre.

Dramaturgo – Bueno, pues ahora ya está todo hecho. Acabo de vender su alma al diablo por 500 euros. Ni en sus sueños más locos hubiera podido imaginar conseguir un precio tan alto.

Periodista – Tampoco es para tanto... Pensé que usted sería un autor responsable...

Dramaturgo – La mayor parte de los autores escriben para pagar los impuestos del año anterior con los adelantos que les corresponden por los libros que escribirán al año siguiente. El día en que los impuestos se paguen en el año corriente, bajará mucho el número de publicaciones.

Periodista – No entiendo nada de eso. Nunca he hecho una declaración de la Renta.

Dramaturgo – Pues ha tenido suerte... En cuanto entras en el engranaje, ya no te puedes salir. Pero... Vamos a lo nuestro. ¿Dónde estábamos?

Periodista – En ningún sitio. Tengo miedo...

Dramaturgo – Eso es lo que me temía.

Periodista – ¿Y si escribiéramos sobre un autor que ha perdido la inspiración?

Dramaturgo – Ya veo... Una chica llama a su puerta, diciendo que es periodista...

Periodista – ¿Y por qué no?

Dramaturgo – El teatro dentro del teatro... Me había prometido no caer tan bajo.

Periodista – Usted dijo que se podía escribir sobre cualquier cosa.

Dramaturgo – Bien... ¿Y cómo acabaría?

Periodista – No tengo ni idea...

Dramaturgo – ¿Le apetece otro whisky?

Dicho y hecho.

Periodista – No sé si debo...

Dramaturgo – ¡Vamos... Beba!

Vacía el vaso de un trago.

Periodista – Creo que necesito echarme un rato. Estoy segura que las ideas vendrán fácilmente si duermo.

Dramaturgo – ¡Vamos! ¡No la pago por dormir!

Periodista – De momento, todavía no he visto ni un céntimo... Quizá tenga razón. Seguramente un pequeño adelanto conseguiría motivarme un poco...

Dramaturgo – Aunque quisiera hacerlo dudo mucho que Bankia me conceda otro crédito con el que poder darle un adelanto. Además, es usted nula como negro. Le pido que escriba sobre cualquier cosa, y no se le ocurre nada.

Periodista – Yo también tengo que cuidar mi reputación. No quiero quedar en ridículo escribiendo cualquier cosa.

Dramaturgo – Pero si su nombre no aparecerá en ningún sitio! ¡Seré yo quien firme!

Periodista – Es posible, pero yo sí sabré quién lo ha escrito. A pesar de todo tengo mi amor propio.

Dramaturgo – Está bien... Pues nadie le impide escribir una obra de arte.

Periodista – ¿Y por qué no? Quizá soy menos tonta de lo que usted cree.

Dramaturgo – Adelante... ¡Asómbreme!

Periodista – ¡Adelante, adelante...! No sé cómo quiere que me ponga a trabajar con tanto whisky. Además empiezo a tener hambre. No tiene por ahí algo que echarse a la boca.

Dramaturgo – La he contratado para trabajar no para engullir.

Periodista – Ya sabe lo que se dice: el hambre es una mala consejera.

El hombre saca un paquete de galletas y se lo ofrece a la chica.

Dramaturgo – Tenga. Me quedan unas cuántas Marías.

Periodista – Gracias. (*Coge uno y se lo lleva a la boca*) Están un tanto caducas sus Marías.

Dramaturgo – ¿Quiere que bajea comprar otro paquete?

Periodista – Me arreglaré con éste (*Se come otra galleta*) Tengo una idea.

Dramaturgo (*sobresaltado*) – Me echo a temblar.

Periodista – Un chico se enamora de una chica, pero las familias se detestan.

Dramaturgo – Eso es *Romeo y Julieta*

Periodista – Pues entonces... Un chico se enamora de una chica pero el padre mata accidentalmente al de ésta.

Dramaturgo – *El Cid*

Periodista – Un chico ama a una chica pero en realidad se trata de un hombre.

Dramaturgo – *Con faldas y a lo loco*.

Periodista – Pues esa obra no la conozco.

Dramaturgo – Es una película

Periodista – ¿Está seguro?

Dramaturgo – Totalmente

Periodista – Un chico ama a un chico pero en realidad se trata de una mujer

Dramaturgo – *Victor o Victoria*.

Periodista – Una mujer ama a una mujer pero en realidad se trata de un hombre.

Dramaturgo – *Tootsie*.

Periodista – ¡Coño! No creí que fuera tan difícil ser autor contemporáneo. ¿Es que ya todo está escrito?

Dramaturgo – Todo...

Periodista – Sobre todo lo más ingenioso, supongo...

Dramaturgo – No nos han dejado ni las migas...

Periodista – Los muy cerdos.

Dramaturgo – Shakespeare, Lope de Vega... Para ellos era fácil... No se había escrito casi nada todavía. Las buenas ideas estaban al alcance de la mano. Por lo tanto, todos los que no eran analfabetos, como la mayor parte de sus contemporáneos, tenían muchas posibilidades de pasar a la posteridad.

Periodista – Es verdad... Ya no hay ni una rendija por donde colarse.

Dramaturgo – Por eso es por lo que no me siento en condiciones de escribir una obra de arte y le pido a usted que escriba cualquier cosa.

Silencio

Periodista – Me tomaría otro whiskicito.

Se lo bebe de un trago

Dramaturgo – Poco a poco, mujer.

Deja la botella y lanza un alarido de satisfacción.

Periodista – ¡Ya lo he encontrado!

Dramaturgo – No me diga.

Periodista – Y éste me juego de que no es ni de Calderón ni de Lope.

Dramaturgo – Soy todo oídos.

Periodista – Una pareja recibe en su casa a una amiga que acaba de perder a su marido en un accidente de avión. Mientras tratan de consolar a la viuda se enteran que les ha tocado el bonoloto.

Dramaturgo – ¡Fantástico!

Periodista – Es que cuando me pongo...

Dramaturgo – Acaba de resumir el contenido de mi primera comedia.

Periodista – ¿No me diga?

Dramaturgo – Esa que no ha leído.

Periodista – Los grandes genios se encuentran.

Dramaturgo – Eso si usted hubiera nacido antes que yo. Entonces podría haber escrito esa comedia que, por cierto, es uno de mis mayores éxitos.

Periodista – Quizá he leído el resumen en la Guía del Ocio.

Dramaturgo – Dejé de escribir el día en que empecé a plagiarme a mí mismo.

Silencio

Periodista – ¿No hay más galletas María?

Dramaturgo – Se las ha comido todas.

Periodista – El paquete estaba abierto desde Dios sabe cuándo. Espero no haberme intoxicado.

Dramaturgo – Si se intoxica puede pedir la baja por enfermedad. Pero le advierto que nosotros, los autores, cuando estamos enfermos y no podemos trabajar, no cobramos ni un céntimo. No le digo lo que pasa con los negros.

Periodista – La verdad es que me apetecería echarme algo al colete.

Dramaturgo – Sólo piensa en comer.

Periodista – Eso es lo que suelen decir los que nunca han pasado hambre.

Dramaturgo – Echaré un vistazo al frigo a ver si queda algo...

Periodista – Y, otra cosa...

Dramaturgo – A ver qué se le ocurre ahora...

Periodista – No me gusta nada lo de... negro.

Dramaturgo – ¿Y eso?

Periodista – Lo encuentro degradante.

Dramaturgo – ¿Degradante para quién?

Periodista – Para mí.

Dramaturgo – ¿Entonces cómo quiere que la llame? ¿La doble del autor? Las grandes actrices tienen sus dobles para algunas escenas que no quieren rodar. ¿Por qué no podemos tener los autores un doble para las comedias que no nos apetece escribir?

Periodista – No tengo ni idea... Oficialmente yo podría ser... su secretaria particular.

Dramaturgo – ¿Mi secretaria?

Periodista – Si salimos juntos y tiene que presentarme a alguien no va a ir diciendo por ahí, aquí mi negro.

Dramaturgo – La verdad es que ni se me había ocurrido pensar que pudiéramos salir juntos...

Periodista – En todo caso... necesitaré una cobertura legal.

Dramaturgo – ¿Una cobertura?

Periodista – Sí, un respaldo legal... Un negro trabaja en negro... ¿No es así? Y eso no es nada legal. Por lo tanto necesitaré una cobertura social. Además, tengo que pensar en mi jubilación.

Dramaturgo – ¿Y por qué no también tickets de restaurante?

Periodista – De acuerdo... Pero seré su secretaria particular.

Dramaturgo – Y en cuanto a los tickets de restaurante, miraré en el frigo a ver si queda algún resto de queso.

Suena el teléfono en el momento en que va a salir.

Periodista (*descuelga*) – Aquí la secretaria de don Dramón González... ¿Con quién tengo el gusto de hablar? (*Él le hace ver que no quiere ponerse*) No, no puede ponerse... ¿Que por qué? Porque... se ha muerto... Sí, estoy completamente segura. Acaba de llegar el forense... Ah... Sí... ¡Que buena noticia! Pero, en ese caso, será a título póstumo. Lo siento mucho. Tengo que dejarle porque van a hacerle ahora mismo la autopsia... Adiós...

Dramaturgo (*estupefacto*) – ¿Pero quién era?

Periodista – Don Juan Rodríguez de Gándazuelo, el presidente de la Unión de Autores de Teatro. Por lo visto el Ministro de Cultura quería imponerle la Medalla de Caballero de las Artes y las Ciencias.

Dramaturgo – ¿Y le ha dicho que me he muerto?

Periodista – Me dijo por señas que no quería hablar con nadie. Es lo primero que se me ocurrió.

Dramaturgo – Pues vaya...

Periodista – Además hay que ser realistas. No estoy preparada para escribir una comedia. Usted, tampoco.

Dramaturgo – ¿Y entonces?

Periodista – Por lo tanto estando usted muerto su agente nunca se atrevería a reclamarle los quinientos euros de adelanto por un trabajo que no ha realizado.

Dramaturgo – ¿Muerto? ¿No es una excusa un tanto excesiva para no tener que devolverle los 500 euros?

Periodista – Se me ocurre otra cosa...

Dramaturgo – Está visto que cuando quiere...

Periodista – Si está muerto y encima tiene un Premio Literario y una medalla póstuma, va a hacerse famoso.

Dramaturgo – Le pedí que me sorprendiera con sus propuestas, pero se ha pasado usted tres pueblos...

Periodista – Gracias.

Dramaturgo – No he intentado ser cortés. Hay muchas formas de sorprender a la gente.

Periodista – ¿Tiene algún familiar?

Dramaturgo – Tan sólo tenía a mi mujer... Pero no creo que ella siga considerándose como alguien de la familia.

Periodista – O sea que está solo en vida. Ni mujer, ni familia, ni amigos... Por lo tanto yo misma puedo ir a recoger el premio y la medalla.

Dramaturgo – Veamos... Le propongo un trabajo de negro y no sólo no es capaz de escribir ni una línea, sino que además quiere recibir todos los honores que me sean entregados. ¿Quiere también mi número de la Seguridad Social?

Periodista – Quizá sería lo más prudente... Considere que se le supone muerto.

Dramaturgo – Siempre puedo resucitar...

Periodista – Piense un poco. Por ahora le conviene mucho más estar muerto.

Dramaturgo – ¿Usted cree?

Periodista – Le apuesto cualquier cosa a que mañana todos los periódicos hablarán de usted. Quizá no en primera página. Tampoco es cuestión de soñar, pero seguro que el País Semanal se acordará de usted.

Dramaturgo – Podría ser tentador el leer mi esquela de defunción estando vivo.

Periodista – Todos se referirán a usted como el gran dramaturgo. Sus libros se venderán como churros... Al menos durante dos o tres días.

Dramaturgo – ¿Está usted segura?

Periodista – No soy periodista, pero gracias a mi brillante idea saldrá su nombre en toda la prensa.

Dramaturgo – Bueno... ¿Y ahora qué hacemos?

Periodista – Usted se hace el muerto y yo... Yo me quedo con el 20% de sus derechos de autor.

Dramaturgo – Mi agente tan sólo se quedaba el 10%.

Periodista – Pero con él no vendía usted ni un libro y sus comedias nunca se representaban.

Dramaturgo – Y yo que ya me estaba haciendo a la idea de jubilarme.

Periodista – ¿Jubilarse?

Dramaturgo – He decidido eliminar de mi vida todo lo que me moleste. Ya no escribo. Hablo lo menos posible. No comparto mis opiniones con nadie. Más bien, prefiero no opinar en absoluto.

Periodista – ¿Y cree que puede hacer algo así?

Dramaturgo – ¿No opinar?

Periodista – No hablo de eso pero, usted no puede jubilarse... No tiene dónde caerse muerto...

Dramaturgo – Desde luego Bankia no me daría ni un euro.

Periodista – Pues bien... Yo le propongo que finja su muerte en lugar de jubilarse.

Dramaturgo – Es tentador, la verdad... Le pido, al menos, cinco minutos para sopesar los pros y los contras.

Suena el teléfono. Él intenta cogerlo.

Periodista – ¿Está usted loco? Le recuerdo que es un autor muerto. ¿Sí...? ¿Bankia? No... Lo siento. Don Dramón González acaba de fallecer... Si.... Se ha suicidado... Se ha bebido un litro de desatascador. Si, en efecto, ese líquido que se utiliza para desatascar las cañerías... Un agujero enorme en el estómago. Sólo de pensarlo se me abren las carnes... La sosa también es muy caustica. En efecto, él también era muy caustico... Ya sabe, los artistas... Además nadie mejor que ustedes sabe que estaba de deudas hasta las cejas. Seguramente fue la única forma que tuvo para escapar de sus acreedores. No, por supuesto, el dinero no es lo más importante... En todo caso, gracias por haber llamado... Eso es. Hasta pronto. Por supuesto, transmitiré sus condolencias a la familia.

Cuelga

Dramaturgo (*estupefacto*) – Le ha costado arrancar pero una vez que se ha lanzado al ruedo, no hay quien la pare. O sea que ahora resulta que me he suicidado.

Periodista – Me dije que, para un escritor, sería más romántico el suicidio que no morir de cáncer de colon.

Dramaturgo – ¿Más romántico tras haberme bebido un litro de desatascador?

Periodista – Estaba improvisando... Es lo primero que se me ocurrió.

Dramaturgo – ¿Improvisando...? Es necesario que se ajuste al texto.

Periodista – ¿A qué texto se refiere? Usted es incapaz de escribir ni una palabra.

Dramaturgo – ¡Basta! No es necesario que se ponga desagradable... Resumamos... O sea que yo me he suicidado... Es posible. Últimamente estaba un tanto depresivo.

Periodista – ¡Lo ve!

Dramaturgo – ¿Qué hacemos ahora...? ¿Organizar unos funerales a nivel nacional?

Periodista – Si el autor fallece las ventas aumentan, al menos, en un 10%. Si se suicida pueden llegar el 20%. (*Suena el teléfono*) Parece que el negocio marcha.

Dramaturgo – Tiene razón. El teléfono no ha sonado tan seguido desde hace años.

Responde la mujer

Periodista – ¡Dígame! Le habla la secretaria de Don Dramón González. Sí señora, en efecto. Se lo confirmo. Su marido ha muerto esta mañana. Le presento mis condolencias, así como las condolencias de Bankia. Un tiro en la sien. Así es. Mejor que no le vea. No creo que pudiera reconocerle. Le falta la mitad superior de la cabeza... No es un espectáculo de gusto, se lo aseguro.... Muy bien, se lo diré... Quiero decir, sí, gracias... Hasta la vista señora. (*Cuelga*). Era su mujer.

Dramaturgo – ¿Mi mujer? ¿Pero qué es lo que quería?

Periodista – Al parecer rendirle el último homenaje.

Dramaturgo – Hace años que no la veo. Tiene gracia. Normalmente era ella la que me reprochaba que no le diera un buen homenaje de vez en cuando...

Periodista – En general los muertos son mucho más populares que los vivos. Ya se irá dando cuenta de las ventajas que tiene ser difunto.

Dramaturgo – Le ha dicho a mi mujer que me pegué un tiro en la sien...

Periodista – Intento mejorar, ya lo ve. (*Suena el teléfono*) Si esto sigue así tendrá que contratar a una telefonista.... Le habla la agente en exclusiva de Don Dramón González... Sí, en efecto, soy yo quien tiene los derechos de todos sus trabajos. Nos casamos pocos meses antes de su muerte. Por lo tanto, soy la heredera directa... Sí... Si... Sí... Si, acababa de terminar una comedia que le va a dejar boquiabierto... Según mi entender es una obra de arte. Totalmente inédita, si. Sí... Sí... Sí... De acuerdo. ¿Puedo apuntar su teléfono? Muy bien, voy a estudiar personalmente su dossier y le daré una respuesta lo antes posible. Hasta pronto.

Dramaturgo – O sea que ahora resulta que estamos casados...

Periodista – Es más sencillo.

Dramaturgo – ¿Más sencillo?

Periodista – Para justificar el hecho de que soy yo la que tiene los derechos de sus obras.

Dramaturgo – Es posible...

Periodista – Por lo cual, como soy su viuda, todo queda en la familia.

Dramaturgo – ¿Puedo, al menos, saber quién ha llamado esta vez?

Periodista – Un teatro de Madrid que quiere montar su último trabajo.

Dramaturgo – ¿Un teatro? ¿Qué teatro?

Periodista – Debería haber tomado nota inmediatamente, pero usted me interrumpió... Tenía algo que ver con una marquesina...

Dramaturgo – ¿Con una marquesina?

Periodista – Y al mismo tiempo, era algo muy marinero...

Dramaturgo – ¿No sería el teatro Marquina?

Periodista – Eso es... Teatro Marina...

Dramaturgo – Marquina, Teatro Marquina... Pero ahí sólo ponen obras de autores vivos.

Periodista – Pero su cadáver está todavía caliente, no vamos a discutir por eso...

Dramaturgo – ¿Y qué piensa hacer?

Periodista – Les voy a dar largas. Hacerles entender que no son los únicos que quieren su último trabajo.

Dramaturgo – Tendría que haberla contratado antes como Agente.

Periodista – También podría pensarse en una retrospectiva del conjunto de su obra ¿No le parece?

Dramaturgo – Por qué no... Pero, cuando se refiere a mi último trabajo, quiere decir que se trata de...

Periodista – La comedia que todavía no ha escrito.

Dramaturgo – Pero si estoy muerto...

Periodista – Habrá oído que les hablé de un trabajo inédito.

Dramaturgo – Sí... Pero...

Periodista – Pero podrá escribirlo porque no está realmente muerto.

Dramaturgo – Ya le dije que había perdido la inspiración.

Periodista – Eso era antes...

Dramaturgo – ¿Antes?

Periodista – Antes de haber vuelto a ser un autor de éxito

Dramaturgo – Ha querido decir un autor muerto.

Periodista – También pero... Ahora que tiene todo el tiempo del mundo al estar muerto, podrá escribir la comedia sin stress. Yo me ocuparé del resto.

Dramaturgo – Perdone, pero... ¿Tengo que estar muerto durante mucho tiempo?

Periodista – Digamos el tiempo de escribir su comedia número 124. Después... Ya veremos.

Dramaturgo – Pues no tendré más remedio que ponerme manos a la obra.

Periodista – ¿Le apetece una manzanilla?

Dramaturgo – Casi prefiero el whisky sueco... (*Coge la botella y se sirve*) ¿Usted se va a quedar aquí?

Periodista – Alguien tiene que velar el cuerpo y contestar al teléfono...

Dramaturgo – Pues... ¡A trabajar!

Sale. La chica se pone cómoda, saca el portátil y llama.

Periodista – ¿Georges? Esta vez va en serio. Creo que está a punto de ponerse a escribir su comedia 124... No sé si nos hemos pasado con lo del premio y la medalla de las letras... Seguro que se va a llevar un chasco cuando se entere que no existe ni uno ni otro... Pero, es por su bien... Tampoco sabemos si su nuevo trabajo será realmente bueno... Sí, tiene usted razón, eso si no se ha muerto antes... Por cierto, tengo que decirle que me he visto forzada a improvisar un poco...

Vuelve el autor.

Dramaturgo – Estoy seco.

Periodista – ¿Cómo?

Dramaturgo – Se me acabó la tinta. El último cartucho está vacío. Y no será fácil encontrar repuesto a estas horas y por la zona...

Periodista – ¿Y la máquina de escribir?

Dramaturgo – ¿La máquina de escribir? Está como yo, ya se lo dije... En las últimas...

La periodista saca un bolígrafo del bolso y se lo entrega.

Periodista – Puede utilizar esto mientras tanto.

El hombre parece decepcionado por no haber encontrado la excusa ideal. Sale. Ella vuelve al teléfono.

Periodista – Todavía no podemos cantar victoria... Tendré que seguir vigilándole. Quizá habría que darle un poco más de cuerda...

Se escucha una detonación

Periodista – ¡Vaya! ¡Al parecer ha encontrado los cartuchos...! Le llamo dentro de un rato. *(Cuelga)* Me parece que me va a tocar escribir a mí sola la comedia.

Vuelve el hombre con una botella de champán en la mano. Acaba de quitarle el tapón.

Dramaturgo – No queda ni una gota de whisky, pero he encontrado esto en el frigo. La guardaba para una gran ocasión. Y el que me hayan dado un premio y una condecoración el mismo día, bien se merece un brindis... ¿Le apetece?

Periodista – ¿Por qué no? Siempre que me prometa que después volverá al trabajo.

Dramaturgo – No se preocupe. Es curioso, pero el estar muerto me ha devuelto la moral.

Periodista – Tanto mejor... ¿Entonces ya tiene una idea...?

Dramaturgo – He pensado que siempre es mejor partir de la realidad. Por lo tanto irá sobre el teatro dentro del teatro. La historia de un autor que ha perdido la inspiración y de una periodista que llama a su puerta.

Periodista – Eso me recuerda algo... ¿Ya sabe cómo lo va a llamar?

Dramaturgo – Pues sí... ¿Por qué no llamarle “El último cartucho”?

Periodista – ¿Está libre ese título?

Dramaturgo – Posiblemente sí... Pero, si encima hay que ser original...

Periodista – Pues brindemos por “El último cartucho”.

Dramaturgo – Si la dicto iremos mucho más rápido ¿No es así? *(Coloca una vieja máquina de escribir delante de la chica)* He recuperado la inspiración...

Periodista – Le escucho...

El autor comienza a dictar, muy inspirado, como si estuviera presenciando la escena.

Dramaturgo – Un salón en desorden. Un hombre está amodorrado en un sillón. Suena el teléfono y le saca de su sopor. Descuelga como un sonámbulo. ¡Diga!

Oscuro

Fin

El autor

Jean-Pierre Martinez es autor teatral y guionista francés de origen español. Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, sube al escenario primero como baterista en diversos grupos de rock, antes de hacerse semiólogo para la publicidad. Luego trabaja como guionista para la televisión, y vuelve al teatro como autor. Ha escrito más de 60 guiones para distintas series de la televisión francesa, y 100 comedias para el teatro. Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia, y varias de sus obras han sido ya traducidas en español y en inglés.

Es licenciado en literatura española e inglesa (Sorbonne), en lingüística (Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales), en economía (Institut d'Études Politiques de Paris), y en escritura de guiones (Conservatoire Européen d'Écriture Audiovisuelle). Jean-Pierre Martinez ha escogido ofrecer todos los textos de sus obras para descargar gratuitamente en su web:

<https://comediatheque.net/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
Foto de Familia
Sin flores ni coronas
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Crisis y Castigo
Pronóstico reservado

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
El pueblo más cutre de España
Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del tiempo perdido
Ella y Él
Muertos de la Risa

*Este texto está protegido por las leyes
relativas al derecho de propiedad intelectual.
Toda copia es susceptible de una condena,
hasta de 300 000 euros y 3 años de prisión.*

París - Enero de 2018
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-182-3
<https://comediatheque.net/>